



Hablaba poco y parecía muy educado

HABLABA POCO Y PARECÍA MUY EDUCADO

Que es lo que siempre se dice de quien ha cometido algún acto terrible.

Eso me tranquiliza, un poco, con respecto a mí misma. Soy demasiado grosera y malcriada, y toda la fuerza se me va por la boca en forma de tacos y maldiciones y exabruptos; de manera que ya no me quedan arrestos ni ánimos para, por muy irritada o furiosa que esté, hacer alguna barbaridad.

Pero sí me gustaría muchas veces, ya que matar a las personas que odio corresponde nada más al mundo de la fantasía – ese típico que quién no ha pronunciado alguna vez *es que lo mataría* –, que los cretinos y despreciables sufrieran daño, accidentes terribles o amputaciones con grandes dolores físicos y enfermedades muy malas que los hicieran retorcerse y lanzar alaridos. Dolores físicos porque ese tipo de gentuza no entiende de ningún otro sufrimiento que el localizado en algún lugar de sus cuerpos mezquinos; si les dijese que tienen alma te contestarían, entre bramido y bramido, que de qué coño les estás hablando.

El portero del 122, por ejemplo.

Un día levantó Sánchez la pata delante de su puerta y, cuando terminamos de dar la vuelta a la manzana y llegué a casa, la cerradura estaba taponada con caca que, quiero pensar, era de perro.

Bajé inmediatamente a preguntar al portero mío, un ser simple hasta extremos insospechados, quién había subido a mi casa. Me respondió con toda sencillez que, bueno, *el portero del 122 vino preguntando dónde vivía usted*.

Le rogué encarecidamente, y cargadísima de ira, que nunca más explicase dónde vivo al primero que venga preguntando por *esa señora del cocker de tal y tal manera* porque, le dije, un día a ese paso me puedo encontrar en mi puerta a un sacamantecas.

Y no le dije *pedazo de imbécil* porque a veces, pocas, sé contenerme.

Pero al otro, al del 122, le deseé y le sigo deseando todos los males del mundo. A veces fantaseo que, paseando a mi perro, da la casualidad que me lo encuentro despatarrado en la acera – me gusta pensar que con la espalda rota, porque se haya caído, por ejemplo, de una escalera limpiando algo, algún cristal

HABLABA POCO Y PARECÍA MUY EDUCADO

alto de la puerta o qué sé yo -, y yo sigo mi camino tan feliz,
como si no pasase nada. Y el muy hijo de la gran, ahí, jodido.

Pero no sucederá.

Nunca fui una persona con suerte.